

Revista chilena de historia social popular

REVUELTAS

SANTIAGO, CHILE | NÚCLEO DE HISTORIA SOCIAL POPULAR
AÑO 04 | NÚMERO 08 | DICIEMBRE 2023 | ISSN 2452-5707

DOSSIER CENTRAL

El golpe de Estado en el agro: memoria, experiencia y vida cotidiana campesina en la dictadura civil-militar

The impact of the Coup on the peasantry: memory, experience and daily life of the farmers during the Chilean dictatorship

Matías Ortiz Figueroa

Profesor de Historia, Magister en Historia (USACH) y Magister en Sociología (UAHC).
Becario ANID Doctorado en Historia,
Universidad de Chile, Santiago, Chile

✉ mati.ortiz.f@gmail.com

ORCID [0000-0003-4715-697X](https://orcid.org/0000-0003-4715-697X)

Recibido: 07 julio 2023

Aceptado: 06 noviembre 2023

Resumen: A partir de la lectura de autobiografías campesinas, se propone comprender cómo se aborda la realidad en los espacios agrarios y rurales después del golpe militar. El estudio se enfoca en la forma en que los campesinos narran su presente y su pasado, cómo el nuevo contexto reconfigura sus identidades y cómo la dictadura afectó sus vidas cotidianas. Las narraciones evocan nodos que dan cuenta de las transformaciones estructurales, sus consecuencias en la vida social y doméstica, y la valoración del pasado cooperativo. Además, se observan micro resistencias que buscan hacer frente a las condiciones adversas vividas en el contexto.

Palabras clave: campesinado, dictadura, reforma agraria, memoria, autobiografías.

Abstract: Based on the reading of peasant autobiographies, this article proposes to understand how reality is approached in agricultural and rural spaces after the military coup. The study focuses on how peasants narrate their present and recent past, how the new context reconfigures peasant identities, and how the dictatorship affected their daily life. The narratives evoke nodes that account for structural transformations, their consequences in social and domestic life, and the valuation of cooperative past. In addition, micro-resistances are observed that seek to confront the adverse conditions experienced in the civil-military regime.

Keywords: peasantry, dictatorship, agrarian reform, memory, autobiographies.

Introducción

Pierre Nora (2009) argumentó que la memoria se diferencia de la historia en que, mientras esta última era escrita principalmente por profesionales, la memoria escapaba de los pasillos institucionales, caracterizándose por demandas que surgían de sectores no considerados en historias oficiales y desde colectivos que a menudo se establecían en oposición al poder. Estos grupos marginados de la historia oficial reclaman su reconocimiento a través del recuerdo y la preservación del pasado, constituyendo ejercicios identitarios (pp. 20-21). En ese plano, las memorias están intrínsecamente relacionadas con la identidad singular o grupal, pues, como señala Jelin (2001) citando a Gills, las identidades y las memorias “no son cosas *sobre* las que pensamos, sino cosas *con* las que pensamos. Como tales, no tienen existencia fuera de nuestra política, nuestras relaciones sociales y nuestras historias” (p.7).

En ese sentido, el golpe civil-militar de 1973, junto al exterminio, la tortura, la prisión y el exilio, se caracterizó por la construcción de una historia oficial en el que los grupos subalternos y la radicalización política, aparecían como un problema necesario a resolver, ya que caracterizaban a un enemigo interno en cuyas actorías habían recaído el quiebre de la democracia.

La construcción de una historia oficial, por lo tanto, pretendió despolitizar las historias que habían caracterizado la larga década de los sesenta, marco temporal en que los sectores marginados de las decisiones políticas de la república ingresan a la historia, proclamando su rol protagónico en el devenir nacional.

Uno de los grupos sociales que se destacó durante este proceso fue el campesinado, sector que desde la década de los cincuenta y especialmente luego de las reformas legislativas en el agro de los años sesenta, aumentaron sus grados de participación en la política nacional. Este hecho se evidenció, entre otros aspectos, en un mayor grado de conciencia de clase o en la incorporación a partidos políticos que los representaban (Bengoa, 2015).

Aunque las diferentes expresiones políticas que atendieron la cuestión rural tienen diferencias entre sí, algunos de los aspectos que le confieren homogeneidad radican en el rol que se les otorgó a los campesinos, los que ya no se entendieron como meros receptores de políticas institucionales, sino como actores claves en su integración a los procesos de cambio. Este hecho no sólo se materializó en términos partidarios, sino en su incorporación real en la política y a la sociedad, en el incremento de la organización campesina, en el crecimiento de las tasas de alfabetización y, en general, en la mejora de sus condiciones materiales de existencia.

Como se verá más adelante, estos niveles de organicidad, bienestar y cooperación serán desarticulados en dictadura, toda vez que, en el nuevo contexto, cuestiones como la asimilación del campesinado a la imagen de productor individual, la restauración de la propiedad privada y el rol empresarial predominante, confiscará el devenir social y democratizador que caracterizó al periodo previo.

En relación a lo anterior, y retomando la reflexión de Nora y Jelin, surgen preguntas acerca de cómo fue vivido el proceso de expropiación de lo social en el campesinado ¿Cómo fue recordado el pasado reformista de los años sesenta y el periodo restaurador por los protagonistas? ¿Cuáles son los principales nodos de recuerdo que los campesinos desarrollan sobre su vivencia en ambos periodos? ¿Cómo diagnosticaron la realidad vivida tras el golpe de Estado? ¿Cómo fue la reconfiguración de sus experiencias vitales luego del acontecimiento dictatorial? ¿En qué medida se transforman las identidades campesinas? En definitiva ¿cómo influyó el golpe de Estado y la dictadura en la vida cotidiana del campesinado?

Proponemos responder a estas interrogantes mediante el libro “*Vida y palabra campesina*”, una compilación de relatos, memorias y poesía del campesinado organizado por el Grupo de Investigaciones Agrarias (GIA) en el año 1986¹. Este libro, de cinco robustos volúmenes, constituye un registro memorial sobre las experiencias campesinas, mediante el cual se recuerdan acontecimientos, se rememora y relata la vida vivida, se realizan afirmaciones sobre el pasado y el presente, exponiendo sentimientos, temores, esperanzas e insumos que dan cuenta de sus trayectorias vitales y de su flexibilidad, inscritas en un tiempo y espacio particular: la dictadura².

Planteamos que a través del mecanismo de la “autobiografía popular” (Amelang, 2004) el campesinado manifestó la experiencia del golpe de Estado en sus vidas y territorios, narrándose a sí mismos en el nuevo escenario y transitando en una auto reflexión que engranó el presente con la memoria de sus tradiciones en diversos aspectos. Entre ellos, se destacan la reflexión sobre su presente

1 Centro de pensamiento y desarrollo alternativo para el mundo de la agricultura y la ruralidad que generó espacios de acciones y reflexiones críticas sobre el acontecer político, social, económico y cultural desde el año 1976, en clara confrontación ideológica con la gubernamentalidad dictatorial, a la vez que desarrollo trabajos prácticos desde las esferas de la investigación acción-participativa, la sistematización de tecnologías y desarrollo rural alternativo, entre otras actividades.

2 *Vida y Palabra Campesina* se distribuyó en cinco tomos, los cuales cada uno respondió a una zona geográfica del país: Tomo I: Sede San Felipe; Tomo II: Sede Santiago; Tomo III: Sede Linares; Tomo IV: Sede Temuco; Tomo V: Sede Puerto Montt.

coyuntural, atravesado por la pauperización de la vida cotidiana, la resistencia al nuevo patrón de acumulación desde la reflexión sobre las antiguas y nuevas formas de trabajo, el rescate de la “comunidad” donde los lazos comunitarios se diluían, la crítica a la reorganización de tierras y el recuerdo de un pasado reciente radicalmente distinto a su presente. Todo esto, oxigenó diversas maneras de pensar y narrar el tiempo vivido, abriendo preguntas y esperanzas sobre el porvenir.

En ese plano, consideramos que el campesinado experimentó un proceso importante de subjetivación (Foucault, 1995) a través de los procesos de rememoración. Estos ejercicios les permitieron auto narrarse como agentes distintos a la reconceptualización que conllevó la gubernamentalidad sobre los sujetos rurales (ahora llamados pequeños agricultores o parceleros), situándose identitariamente como *campesinos* y como producto histórico de prácticas cooperativas del pasado. A su vez, la realidad se leyó con los insumos de la memoria y activó alternativas que habilitaron críticas y opciones a la pauperización de la vida cotidiana.

En este sentido, proponemos comprender los juicios y sentires sobre la actualidad narrada y, particularmente, la reflexión sobre tres nodos de recuerdo claves: la desarticulación de los lazos comunitarios, la precarización de la vida cotidiana y la economía doméstica, y la represión en el campo. Así, considerando la distinción que de Certeau (2000) realiza entre estrategias y tácticas, planteamos que el aparato dictatorial generó estrategias de despolitización y descomunitarización en el agro y, a contrapelo, los campesinos generaron tácticas que intentaron baipasear estas estrategias.

De tal manera, a cincuenta años del golpe civil-militar y de la interrupción de la radicalización de la democracia en el campo, este ensayo propone una aproximación a la memoria campesina y a su vida cotidiana. Esta última, entendida como el espacio que nos transmite la “realidad por excelencia”, es decir, “aquella que subjetiva e intersubjetivamente es vivenciada como aquello que “realmente nos sucede” (Berger y Luckman en Reyes, 2016, p. 11), un lugar en donde se delimita el ámbito que es nombrado y significado por los propios sujetos como su “mundo próximo” (ibid.)³. Todo esto, con el objetivo de sumar antecedentes para

3 El concepto de vida cotidiana ha conllevado discusiones desde hace décadas. En este sentido, recogemos una tradición que se funda en diálogos fructuosos entre varias corrientes del pensamiento social, que van desde sociología a la psicología social (Shutz y Luckman, 2009), pasando por la historia (Gonzalbo, 2006), la filosofía (Giannini, 1987) y la ciencia política (Lechner, 1990). En términos generales, el espacio de la vida cotidiana es aquel mundo intersubjetivo compartido, mediante el cual se realiza la vida misma, y en donde las acciones y vivires de sujetos sintonizan en operaciones que se entienden en común con otros. Se tratan de lugares comunes entre individuos, mediante

la reconstrucción de la historia campesina, erigir nuevas entradas para su análisis y, parafraseando a Walter Benjamin (2007), rescatar a los muertos del olvido.

El golpe en el agro: nuevo patrón de acumulación y campesinización pauperizante

El espacio agrícola figuró como un sector estratégico en la refundación nacional conducida por la dictadura civil-militar; un rediseño político que abrió un periodo de restauración, el cual “diluyó el imaginario reformista nacional y convirtió al país en un enclave local para una economía articulada mundialmente” (Villalobos-Ruminott, 2013, p.65). Se trató, destacó Hugo Vilella (1979), de la implantación de una *nueva racionalidad* engranada con el modelo económico instalado. De tal forma, si los dos periodos gubernamentales anteriores al golpe manifestaron una práctica y racionalidad que tendió a beneficiar e incluir a los pobres del campo y a los sectores marginados de la tutela estatal, “[...] la categoría *en poder de CORA* (1973-1976) expresa la racionalidad actual [planteaba Vilella en 1979], en la que el destino del recurso tierra es su apropiación privada” (p.210). Y es que desde 1973, la política económica en el agro se enfilará en una racionalidad de libre mercado, aquello que Chonchol (1994) denominó como Modernización Conservadora y que produjo que la pequeña ruralidad abandonara su actoría clave en la escena agrícola, siendo remplazada por medianos y grandes capitales (pp.377-386).

La nueva racionalidad en el agro restauró el espacio agrícola y rural imponiendo un giro que se concentró, según Vilella, en cuatro aspectos: a) en un rol predominante al sector empresarial privado, desplazando al Estado como gestor del desarrollo, y b) generando un cambio en los valores de funcionamiento del sector, por el cual se intentó “devolver” “la seguridad y confianza al productor agrícola” restaurando la propiedad privada y haciendo de ella el corolario del concepto de “igualdad” como atributo de la homogenización “empresario-proprietario” (p.224). Lo anterior conllevó c) la reformulación de la estructura de clases en torno a la incorporación del campesinado al capital internacionalizado. Todo

los que podemos aprehender las acciones y actividades que produce y reproducen los sujetos en una temporalidad compartida. En ese plano, no se trata solamente de la repetición, o de “lo que pasa todos los días”, sino, también, de las fuerzas que operan para transgredir ciertas normas aceptadas como cotidianas. En términos netamente historiográficos, rescatamos las nociones del mexicano Alfredo Ruiz (2022), mediante los cuales se comprende la cotidianidad como el espacio temporal e intersubjetivo en donde los participantes de una comunidad en específico entienden la normalidad en un momento histórico preciso. Esto ha sido desarrollado con mayor énfasis en el tercer acápite.

esto fue correlato de d) una síntesis entre los nuevos objetivos de desarrollo y la política de seguridad interna (p.225).

Gustavo Viveros (2010) propone entender este giro como una transformación en el discurso del desarrollo rural, que va desde la “*politización de la economía rural*” a la “*mercantilización de la política rural*”. Mientras la primera comprendió la modernización “como el proceso reflexivo de lo social realizado fundamentalmente desde los espacios burgueses institucionalizados o “*lo político*”, que implica un accionar gubernamental de ir al pueblo y subsanar los problemas del vínculo social roto por la lucha de clases” (p.6), la segunda consistió

“en que la discusión sobre la modernización de las sociedades deja de centrarse en la rotura del “vinculo social” y sus posibles soluciones políticas, para resolverse como una coordinación de expectativas, [...] en que la economía juega el rol principal, pues funciona con la lógica de coordinar expectativas a través de la reducción de complejidad que realiza el “precio como único código” (p.11).

En consecuencia, como corolario social, “dentro de las políticas de gobierno, deja de hablarse de campesinado y el término que se ocupará en adelante será el de *agricultor* o bien *pequeño agricultor*” (p.11). De tal modo, como plantea Baeza (2013) o Lovera (2018), aunque las posturas neoliberales no primaron desde el mismo 11 de septiembre, los reajustes posibilitaron que “los sectores populares perdieran toda la injerencia sobre el poder político que habían ganado durante los últimos años para ceder todo el poder del Estado a las clases sociales más acostumbradas a dirigir al país” (Baeza, p.17). ¿Cómo afectó esta discusión al campesinado? Nos parece acertada la conceptualización de “campesinización pauperizante” (Crispi, 1980) para comprender las consecuencias sobre este sector y su rol en el nuevo esquema. En ese plano, junto a la expansión de actividades basadas en la explotación de las “ventajas comparativas”, se enfatizó en dos ejes. Primero, se concentró el capital en pocas manos, de manera que “los bajos niveles relativos de acumulación que tiene el país, puedan ser parcialmente compensados con grandes conglomerados productivos y financieros que puedan operar monopolícamente” (p.5). Paralelamente, se rebajó el costo de la fuerza de trabajo, modelo en el que “-a diferencia del anterior- el nivel de los salarios sólo representa un ítem de gasto en cada empresa, sin que su monto sea importante a nivel de demanda interna” (Ibid.).

Para que esto funcionase, se mantuvo “un alto grado de desempleo, que deprima los salarios, y es necesario lograr que los precios de los bienes salarios se ubiquen en el nivel más bajo que permitan los costos de producción de dichos bienes” (p.6). Por ello, el modelo conllevó la *campesinización y la pauperización*,

ya que el campesinado, al no tener las mismas alternativas que las compañías, mantenía su nivel de producción y, en el mismo proceso, las empresas mantuvieron un nivel mínimo de personal permanente, contratando un elevado número de trabajadores de forma temporal.

En el nuevo esquema, por lo tanto, los campesinos eran elementales, ya que ofrecían la mayor parte de la fuerza de trabajo en tiempos de cosecha, generando alimentos baratos y manteniendo bajos salarios subsumidos al trabajo estacional. Aspectos que sólo eran posibles porque, explica Bengoa et.al (1980), “las unidades campesinas están obligadas a funcionar de acuerdo con un conjunto de leyes diferentes a las de una empresa capitalista” (pp.25-26). Esto último, reprodujo la campesinización ya que, aunque las ganancias no fueran positivas, su unidad básica -la familia- se siguió reproduciendo.

Huellas de identidad y cotidianidad subalterna: la memoria y la experiencia campesina como acercamiento epistemológico

Los estudios acerca de la agricultura y la ruralidad en la segunda mitad del siglo XX no son pocos. Para el periodo previo a la dictadura destacan investigaciones que abordan los cambios y continuidades que experimentó la estructura agraria (Gómez, 1984; Santana, 2006), la organización campesina (Bengoa, 2017), la participación de partidos políticos (Loveman 1976; Avendaño, 2017; Illanes, 2019), las identidades campesinas (Arteaga, 2000) y también la memoria sobre tiempos reformistas (Calderón y Fahrenkrog, 2012).

El periodo que acá nos interesa, si bien ha sido menos estudiado, también ha sido leído desde claves analíticas críticas, que evalúan la contra reforma agraria (Bengoa, 2015), la parcelación de la tierra (Almonacid, 2017), la acumulación por desposesión (Alfaro, 2016), así como la fluctuación transnacional en el agro (Tinsman, 2016). Particularmente en torno a nuestros intereses, si bien existen trabajos que estudian la experiencia del campesinado durante la dictadura, poco se ha trabajado acerca de aquella experiencia en el mismo presente analizado. En ese sentido, los trabajos de Valdés y Araujo (1999) o de Alfaro (2015), aunque son un aporte al estudio de los recuerdos del campesinado en la época, sus incursiones se han realizado desde entrevistas e historias de vida construidas en un presente distinto al recordado.

De tal modo, consideramos que, para avanzar más allá de los estudios existentes, es valioso interrogar cómo se vivenció el golpe *en el* momento de su aparición y de qué forma sus consecuencias fueron leídas por el campesinado *en el* contexto dictatorial. En otras palabras, evaluar aquello que aparece como

coyuntural (o lo que Zemelman (2012) entiende como “el momento de todas las posibilidades no reveladas” (p. 44)) y de qué forma el acontecimiento es recordado en un momento presente y cuáles son las transformaciones producidas en la vida cotidiana campesina.

Lo anterior es necesario, toda vez que poner carne en los datos contribuye a comprender de mejor forma la construcción de subjetividades en relación a cambios estructurales, articulando relaciones entre lo micro y lo macro y estableciendo puentes de unión entre los cambios en la tenencia de la tierra y las experiencias que se establecen a partir de las transformaciones. Siguiendo a Norbert Elias (1998), no hay razones para pensar que el estudio de los cambios de las estructuras de convivencia social y el sentido otorgado a ellos, sea incompatible. De tal manera, estudiar la dimensión de la experiencia “-es decir del modo en que [las personas] contribuyen a su reproducción y cambio, condicionados por la manera cómo viven esas estructuras-, resulta tan indispensable como el estudio de los entramados no planeados y ciegos que actúan en el cambio de las estructuras sociales” (p.336).

En ese sentido, interrogar y socializar la memoria campesina promueve una comprensión más acabada de la experiencia social e individual en el sector, esto es, “una “verdad más verdadera” que la veracidad de la historia, la verdad de lo vivido y de lo recordado -recuerdo de dolor, de la opresión, de la humillación, del olvido” (Nora en da Silva, 2020, p.44).

En efecto, a partir del término de la Segunda Guerra Mundial, la memoria adquirió un estatus valioso para estudiar el pasado. Para el caso de América Latina, esta ha sido un vehículo útil para problematizar la historia reciente, sobre todo las situaciones vividas frente al terrorismo de Estado. Pese a la relevancia de esto, la primacía de las memorias políticas ha hegemonizado los trabajos sobre este ámbito, dado que, como plantea da Silva, “los procesos de memoria [...] están atados a las asimétricas relaciones de poder, a los procesos de racismo oculto en nuestras sociedades y a las manifestaciones patriarcales de quien tiene voz en el espacio público” (p.46). Por esto, siempre permanecen silencios a indagar.

En ese plano, la memoria campesina en dictadura es, sin duda, uno de estos mutismos. Por ello, consideramos de un valor trascendental la creación de “Primer Concurso de Autobiografías Campesinas” y su materialización en “*Vida y palabra campesina*”⁴, toda vez que lo que aquí se encuentran -en valiosas 246 autobiografías⁵- es el recuerdo y la experiencia de campesinos y campesinas que

4 En adelante *VyP*, seguido del número del tomo al que corresponde (Ej.: *VyP1*)

5 Por el elevado número de autobiografías, sólo se ocupará una muestra de estas. En términos metodológicos, aunque se trata de una primera aproximación a esta problemática particular, las

ocuparon la textualidad para inscribir su registro vivencial en el espacio-tiempo dictatorial.

Siguiendo a James Amelang (2004) comprendemos estos ejercicios como “autobiografías populares”, es decir, como “ego-documentos” y como una “forma literaria en primera persona que expone o revela experiencias personales” (pp.9-10). Estas, se inscriben como “popular” toda vez que refieren a la experiencia de clases subalternas. La autobiografía popular, así, es reflejo de la vida vivida por los sujetos subalternos en relación a un contexto preciso, y transcurre entre el tiempo individual y el tiempo social. Es decir, se trata de “una expresión individualizada de las experiencias del autor dentro de una amplia gama de círculos que se solapaban; círculos que se iniciaban con el pasado y presente de la familia del autor y que rápidamente se extendían hasta abarcar un universo social más dilatado” (p.13).

Los alcances de estos ejercicios, por tanto, no son ni totalmente privados ni totalmente públicos. Más bien, figuran como un interregno entre esos dos espacios, revelando una “esfera pública muy personal” (ibid.). Por tanto, estudiar las auto narraciones de los campesinos permite aproximarnos a su vida cotidiana. Esto no como un estudio de la repetición y de lo que se hace “todos los días”, de forma siempre igual, sino, plantea Alfredo Ruiz (2022), como una forma de pesquisar “lo que, en un momento dado, acontece al interior de un conglomerado y es visto como normal por parte de los sujetos que participan en una realidad social concreta” (p.147). Más específicamente, comprender “aquello que posee un significado estable -aunque posiblemente efímero- en tanto forma de organizar al mundo [y] de comprender sus componentes” (ibid.).

Esta cotidianidad opera en dos direcciones:

“una, hacia el pasado, para configurar la memoria que establecerá las regularidades a través de las cuales se constituirá lo normal, otra, hacia el futuro, donde la transmisión de los saberes formalizados por cada grupo humano harán posible que lo cotidiano se convierta en asiento de la seguridad de los individuos al poner ante ellos [...] un conjunto de expectativas, cifradas a su vez en la experiencia, que permite prever lo que sucederá y formular distintos tipos de planes para organizar la existencia” (p. 148).

autobiografías empleadas se escogieron de forma no aleatoria y desde el criterio de contenidos, a lo largo del proceso de emergencia de categorías. De tal modo, se escogieron las autobiografías que, luego del proceso de lectura y sistematización de todas las contenidas en los volúmenes, respondían a algunos objetivos y categorías en búsqueda (emergidas de trabajos anteriores en el área (Ortiz, 2016; 2020)). De esa forma, en una primera cursada, desde el criterio de selección por contenido, las categorías de análisis utilizadas fueron “comunidad”, “cooperativismo”, “golpe de Estado”, “trabajo”, “precarización” y “resistencias”.

Se tratará, así, de interrogar la forma en que lo normal se comprende en un momento específico, y de qué forma y cómo esas concepciones son distintas a otras dadas en diferentes temporalidades. Una forma de comprensión atada a la memoria y a la experiencia. Esta última, siguiendo a E.P Thompson (2012), entendida como *relación*: un *producto* entre el diálogo del “ser” y la “conciencia social”. Una huella que deja la acción de los individuos en la conciencia social y que construye “costumbres en común”, cuando sujetos “de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas) sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros [que] son distintos –y habitualmente opuestos- a los suyos” (p.27).

Volviendo a Ruiz, se tratará de reconstruir un relato que dé cuenta no de la “repetición que lleva a cabo, un día tras otro, un grupo de sujetos en particular, sino en la continuidad que se forja por medio de la palabra. En el modo en el que la palabra da forma a la memoria y establece lo normal y lo habitual en la repetición de lo disímil” (p.163). En ese sentido, la memoria es vital para comprender las cotidianidades, pues esta “homogeneiza las acciones y permite, a los sujetos involucrados, entender como una acción continua las distintas actividades que componen su día a día y, en tanto tal, afirmar sin demasiadas complicaciones que eso mismo es lo que constituye su vida cotidiana” (ibid.).

Ahí entonces, proponemos delimitar “los hilos narrativos que serán empleados en la confección de una historia de la regularidad” (p.156), para responder a la pregunta “¿qué sucede, en un momento determinado, en relación a la existencia de un sujeto en concreto?” (p.157). Para nuestro problema, esto se traduce en dar cuenta de la forma en que se recuerda el presente vivido y el pasado reciente desde relatos inscritos *en el* mismo contexto dictatorial, para abrir una interpretación de la *vivencia* del golpe y sus consecuencias en la cotidianidad de la vida campesina⁶

El “acontecimiento monstruo” en el agro y las significaciones del golpe desde el campesinado: entre memorias de comunidad, la pauperización y micro resistencias

El golpe de Estado de 1973 puede ser comprendido como un “acontecimiento monstruo”, un acontecimiento que, siguiendo Rousso (2018) inauguró nuestra “última catástrofe”: un hito que configura un antes y un después en una socie-

6 El título de la obra analizada, de hecho, plantea en su formulación sintáctica, la autobiografía como un espacio de unión entre el pasado y el presente, toda vez que podemos comprender “Vida”, más allá de su funcionalidad biológica, como lo transcurrido, la-vida. En el mismo ejercicio, podríamos comprender “palabra” en un sentido de inscripción y encapsulación del “momento” en que se recuerda y, por lo tanto, un lugar de habla situado *en el presente*: el dictatorial.

dad, y que obliga a la observación de sus efectos a corto y mediano plazo (p.238). El acontecimiento dictatorial, como todo acontecimiento, nos sitúa entre lo que interviene como nuevo y aquello que, en su ingreso a la realidad perceptible, deja huellas en quienes lo vivencian, articulando lecturas sobre lo vivido, pues reestructura el tiempo. Como sugiere Dosse (2013) el acontecimiento, “por su discontinuidad misma con eso que le precede, obliga a la distinción y a la articulación de las nociones del pasado y del futuro (p.35). Por lo tanto, el acontecimiento nos abre a valorar las subjetividades dadas tras él, como bisagra entre lo que fue, está siendo y será. En relación al estudio de la *historia de la vida cotidiana* y para dar respuestas a nuestras interrogantes, son útiles los aportes de Michel de Certeau (2000) acerca de las estrategias y tácticas. Compremos estrategia como una racionalidad de poder mediante la cual se inscribe un espacio como “propio” y sujeto a ser susceptible a su administración en relación a metas y a “lo medible” (p.42). Es decir, el conjunto de acciones planificadas, racionalizadas y coordinadas llevadas a cabo por instituciones y organizaciones con el fin de alcanzar un objetivo específico. En ese plano, la construcción de una nueva racionalidad sobre la tierra en clave de mercantilización será un indicador de la razón estratégica dictatorial en el agro. Por otra parte, identificamos por táctica a una acción calculada que se determina por la acción de una fuerza extraña, que inaugura haceres -individuales o colectivos- en las posibilidades que existen en el instante, para sortear o resistir las estrategias emanadas desde lo institucionalizado. Estas no se caracterizan por ser planificadas como la acción estratégica, sino como un movimiento al “interior del campo de visión del enemigo” (p.43).

De tal forma, a partir las autobiografías, es posible diagnosticar algunos *nodos* de reflexión experimentados en el ejercicio de recordar⁷. Mediante ellas, aparecen tres elementos recurrentes que rememoran el golpe en el mundo rural: la desarticulación de los lazos comunitarios, la precarización de la vida cotidiana y pequeñas tácticas cotidianas para contrarrestar la pauperización.

En efecto, varias de las auto narraciones dan cuenta del giro que, luego del golpe, sostienen los campesinos en términos de los lazos de asociatividad característicos del periodo democrático, clarificando que la re-estructuración de la tenencia de la tierra y el control estricto sobre las organizaciones campesinas, fue uno de los principales ejes de la nueva razón estratégica, teniendo directas

7 Siguiendo las reflexiones de Cristina Moyano (2007), quien sistematiza los aportes de Leclerc-Olive, los nodos o “acontecimiento biográfico” (bascule), son “claves en la narración y le entregan sentido a la misma, articulando en torno a ellos el resto de la trama del relato, funcionando como “balizamientos biográficos”, que marcan, señalan e indican la clave sobre la cual se estructura el relato, conteniendo además una gran densidad como causales de procesos posteriores en la trayectoria de los actores” (376).

consecuencias en la vida diaria. Así, tanto la represión, la individualización y la descomunitarización, como la precarización de la vida laboral y doméstica, se interrelacionan simbióticamente afectando las cotidianidades.

En ese plano, es posible diagnosticar la construcción de una memoria que recuerda positivamente los cambios del periodo reformista. En varios de los registros, la transformación estructural que se experimentó, es pensada como un cambio histórico si paragón y recordada de forma cualitativamente diferencial en términos de la historia de sus infancias y familias. La trama de los recuerdos comienza, en casi todas las autobiografías, relatando las vivencias en el campo chileno a comienzos del siglo XX y las duras condiciones de vida bajo el latifundio⁸.

Florencio Navarrete, campesino de Talca nacido en 1940, por ejemplo, recuerda que “teniendo yo 10 años [...] me daba cuenta del mal trato por el patrón hacia mi padre pasando las necesidades más crueles, como el hambre y miserias y muchas veces me tocaba pedir a los vecinos de fundos cercanos para poder comer y a veces no comíamos nada” (VyP1, p.299). Este recuerdo es un insumo para valorar la Ley de Sindicalización Campesina: “fue mi gran alegría porque por fin se terminarían las injusticias” (ibid.). El recuerdo de su infancia y su experiencia familiar, articulan la reflexión sobre el momento en que llega a ser dirigente: “una vez el patrón de fundo supo que era dirigente, me ofreció mejores salarios y regalías [...] cosa que nunca llegué a aceptar, porque sufrí mucho y tenía claro que los patrones nunca eran buenos, porque lo vi cuando mi padre estaba vivo” (p.299).

En ese sentido, Estela Henríquez, campesina de Putaendo nacida en 1928, recuerda en forma de versos poéticos:

Ya por el sesenta y cinco/ se produce un gran temblor/ casi quedamos
sin rancho/ los niños, el viejo y yo. // Luego nace el sindicato/ se estudian
y hacen planos/ pa' que con los campesinos/ fuera un trato más humano.
// Era el Gobierno de Frei/ promulgó una ley diciendo/ que había que ha-
cernos la casa/ a todos en el arriendo. // Al año después ya estaba/ nuestra
casa de madera/ y nos llevamos las cosas/ en burro, de cualquier manera. //
[...] / Al poco tiempo después/ se consiguen las mejoras/ gracias a marchas
y huelgas/ se trabajan ocho horas. // Fue Salvador Allende/ el que hizo la
movida/él estaba en el Senado/hacía lo que más podía. // Después él fue
presidente/ y vino el asentamiento/ para trabajar juntos/ y fuésemos pro-
duciendo (VyP1, pp.106-107).

8 En este escrito se respetará la sintaxis de las auto narraciones campesinas.

Desde lo anterior, se puede evidenciar la puesta en valor del pasado reformista, en donde los campesinos logran acceder a un trato “más humano” y, sobre todo, el recuerdo del asentamiento como un espacio para trabajar cooperativamente⁹. Sin embargo, esto llega a su fin con la reestructuración de la tierra y su tenencia. Estela continúa reflexionando sobre el proceso de parcelación¹⁰: “Nosotros tocamos parcela/justito al lado de la casa/pero viene el dirigente/y al vecino se la pasa.//Tuvimos que elegir otra/ de las pocas que quedaban/eran tierras de tercera/puras piedras la rodeaban//Sin recursos, sin dinero/la empezamos a trabajar/los hijos ya estaban grandes/y no podían cooperar/” (p.108).

Para Gabriel Fuentes, campesino de Hijuelas nacido en 1942, miembro de una cooperativa en el periodo reformista, el recuerdo del golpe no está traspasado por un juicio censor o político-partidario y, más bien, lee el acontecimiento como un momento mediante el cual las diferencias políticas entre campesinos podían mermar. Como “todos los chilenos”, recuerda, “al principio tuve la esperanza [de que el golpe] fuera para el bien de todos y así le pedí a Dios, pero muy pronto me di cuenta que se empezó a actuar con un criterio parcial” (VyPI, p.271). De sus palabras puede derivarse que los reales beneficiarios de la nueva estructura de la tierra fueron sus antiguos propietarios. El término “criterio parcial” refiere a que luego del golpe de Estado “se veía la influencia personajes perfectamente identificables en la zona. Su intención fue tomarse revancha de lo que siempre consideraron una atrocidad, quitarles la tierra a ellos, para entregársela a los huasos» (ibid.) En decir, su recuerdo está articulado en relación al pasado reciente y, el presente vivido, activa el juicio positivo sobre el trabajo comunitario experimentado años atrás. El paso hacia la parcelación puso en evidencia los aciertos del pasado y los desaciertos del presente, demostrando el “paso de retroceso que estábamos dando, ya que todos los ex socios, empezamos a comprobar que en forma individual no teníamos ninguna posibilidad de competir contra los grandes empresarios, entregando nuevamente todo nuestro esfuerzo a los comerciantes usureros” (p.272).

El testimonio de Gabriel permite esclarecer que, aun sin adherir a las doctrinas comunistas o socialcristianas (pues, de hecho, sus recuerdos destacan su rol como líder enfrentado a personeros de la reforma por su “sobre-politización”), el cambio de rumbo propiciado por el nuevo régimen tuvo un impacto negativo en las prácticas cooperativas, generando una ruptura en sus vidas cotidianas. Di-

9 Los asentamientos fueron comunidades rurales creadas en tiempos de la reforma agraria, establecidos en tierras expropiadas a grandes latifundistas y entregadas a los campesinos para su uso y explotación.

10 La parcelación fue una de las medidas de la dictadura militar para dismantelar los asentamientos y revertir la redistribución a los dueños y/o venderla en el mercado a nuevos compradores.

chas prácticas, les habían permitido mejorar sus condiciones materiales de existencia y reproducir su vida en base a vínculos comunitarios, lo cual estableció una clara discontinuidad con un presente caracterizado por la individualización.

Y es que, como plantea Luna Follegatti (2016), la violencia dictatorial y neoliberal operó en una multiplicidad de sentidos, “desde la precariedad laboral, la fragmentación social y la pauperización hasta la misma posibilidad de muerte” (p. 158). La forma de gobierno de la dictadura restituye un orden históricamente hegemónico y se establece a través de “un discurso sobre la *sobrevivencia*, el cual es puesto en valor económico: *sobrevivencia militante*, pero también, *sobrevivencia económica*” (ibid.). El presente individualizador abrió a las personas a una nueva realidad: “La apertura del individuo sobreviviente es ingresar nuevamente al circuito del capital mediante la búsqueda del beneficio propio, del olvido de su realidad, de su situación” (ibid.).

La depuración del trabajo comunitario y la lógica de individualización y capitalización personal es, en efecto, uno de los principales nodos de memoria en el presente dictatorial. Sergio Medina Llaituqueo, campesino de Osorno, líder de un Consejo Campesino y asistente de CORA en tiempos de reforma, recuerda la etapa pos expropiación de fundos positivamente: “Cosechábamos todos los años entre 20.000 kgs. de lana al año [...] Estábamos muy bien trabajando los 20 socios y además le dábamos trabajo a 5 personas afuerinas” (VyP2, p.282). Sin embargo,

“el año 73 llegó a cambiar todas las cosas, según las autoridades de la CORA nosotros los trabajadores no éramos capaces de administrar la sociedad, los (sic) pusieron un administrador [que] llegó a cambiar la política de la crianza de las ovejas, según esta explotación no daban ganancias a la sociedad, se tuvo que entrar a vender todas las ovejas a un precio regalado de carne, todo esto se cambió por animales de vacuno lo que no dio el resultado que se esperaba” (ibid.).

Y es que las políticas del nuevo Estado no sólo se manifestaron en la represión a aquellos considerados como enemigos, sino como una interacción entre el proyecto represivo y el proyecto económico agrícola, amparado y legitimado en torno a la negación de la propiedad de la tierra como derecho humano (Salém, 2020). La tierra dejó de ser un derecho social garantizado y su destino pasó a ser la apropiación individual filtrada por las nuevas pautas económicas. En relación a esto, la memoria de Sergio recuerda el despojo: “A mí no me entregaron parcela solo por el hecho de haber sido dirigente sindical” (p.284). Esto le obligó a retirarse del fundo y a migrar al pueblo junto a su familia, en donde tuvo que arrendar un lugar para vivir “con la esperanza de comprarme una casa con la plata de la

liquidación de la Sociedad que tenían que entregar la CORA” (ibid.). Sin embargo, esto no sucedió: “quedé con los crespos hechos de esta ilusión de la casita propia” (ibid.) Así, tras el hecho de que la liquidación llegase en pequeñas cuotas y no en una sola entrega, la precarización de la vida cotidiana se acrecentó bajo la lógica de arrendamiento y la falta de oportunidades laborales producidas por la nueva política económica.

En efecto, la interacción entre la política represiva y la eliminación del derecho a la tierra, articula la sensibilidad del relato. Sergio continúa, “Aquí he pasado la tristeza más grande de mi vida con mi familia, estuve trabajando en [el] POJH en un fundo en el sector de Remehue por el Complejo Forestal Maderero Panguipulli Cofomap” (ibid.). Luego de ocho meses, los propietarios se enteraron de su antigua dirigencia sindical, despidiéndolo. De ahí en adelante, prosigue, “no he podido encontrar un trabajo, en todas partes me dan con las puertas en las narices cuando voy a pedir un trabajo, aquí los (sic) encontramos cesantes haciendo pololitos con otros compañeros campesinos(s) aquí en el pueblo” (p.284). Narrado en tiempo verbal presente, el relato evidencia una cotidianidad frustrante, un día a día en donde las oportunidades de “ganarse la vida” ya no dependen del trabajo colaborativo, sino que, todo lo contrario, se ve obligado a buscar horizontes laborales desconocidos.

La vivencia de un devenir individualista también da cuenta de las relaciones que el campesinado mantuvo y mantiene (en el presente dictatorial), con el aparato gubernamental. En ese sentido, la presencia del Estado y la política de apoyo asistencial, es recordada positivamente por los campesinos, pues en ese pasado no sólo se les entregaron tierras, sino que se abrió el acceso a los necesarios bienes materiales para incentivar y mejorar el trabajo en ella.

Jorge Silva, nacido en 1961 y residente en Rayén-Lafquén, recuerda el poblamiento de esta zona y la presencia de los órganos institucionales: luego del terremoto de 1960, rememora que la CORFO compró tres fundos para reorganizar a las comunidades azotadas por el sismo, habitando los terrenos en pequeñas viviendas durante algunos años. Llegado el año 1966, la Corporación de la Reforma Agraria auspició la construcción de 250 casas. Mediante esta institución, recuerda, “los colonos obtuvieron muchas ventajas favorables, en el principio, por ejemplo, CORA se preocupaba de comprar las maquinarias para trabajar la tierra, como los tractores, maquinarias de sembrar [incluso] animales de alta calidad [los cuales] eran de toda la comunidad” (VyP2, pp.473-478).

Además, la frecuente aparición de la frase “hasta 1973” en su relato, es un indicativo sintomático de la carga experiencial del golpe. En este sentido, se destaca la valoración de la estructura orgánica de los asentamientos y de sus aspectos

remunerativos. Así, recuerda: “los colonos trabajaban pagados mensualmente, hasta el 73, y tenían una directiva elegida entre los propios colonos para gobernar por sí mismos(s)” (p.473). De igual forma, el acceso a bienes de consumo vitales configura una resonancia significativa: “Todos los años a cada jefe de hogar se les daba el trigo para el pan. Mientras más hijo(s) tenía uno, más trigo tocaba. Todo esto se repetía todos los años, hasta el 73” (p.480).

En efecto, el relato se trastoca al recordar la transformación de los asentamientos en parcelas, así como la mercantilización de las políticas de desarrollo rural y el cambio en las formas de vida. Acerca de la parcelación, Jorge recuerda: “esto quiere decir, que los campesinos tenemos que pagar la parcela por el valor que el gobierno fijó, y que ese valor es mucho para los pequeños y medianos agricultores, yo creo y pienso que nunca vamos a ser capaz de pagar las parcelas” (p.495). De tal forma, aunque en un comienzo pensó que los nuevos créditos podrían significar mejoras, dirá que “la alegría poco duró” (p.496). Prontamente, “los parceleros se vieron encallados o endeudados con el banco”, lo que los obligó a vender “todas sus siembras y no le alcanzó la plata para pagar el crédito [...] Y salieron del problema con el banco, pero quedaron pobres y casi en la calle” (ibid.). En definitiva, el proceso de individualización y endeudamiento trastocó las economías domésticas y, articulando el trabajo de la tierra solo para la subsistencia, fue la vida cotidiana lo que se transformó: “Los parceleros ahora siembran solamente para el consumo o mejor dicho siembran sólo para el pan” (ibid.).

Al eliminarse los insumos vitales que antes habían sido otorgados, y entrando estos en la lógica del arrendamiento y la compra, se desarticuló tanto el trabajo campesino cooperativo como la posibilidad de mejorar la calidad de vida desde la explotación de la tierra: “Los parceleros no pueden sembrar más de 2 hectáreas de trigo, porque si quisieran sembrar más, no tendrían de dónde sacar dinero para comprar el abono, el salitre, la semilla” (ibid.).

Alonso Norambuena, campesino de Linares nacido en 1939, reflexiona críticamente sobre el cambio de mentalidad que, desde el aparato gubernamental, se intentó llevar a cabo para asegurar la reproducción del nuevo orden. Así, recuerda que desde 1975: “Junto con esto [la asignación de tierras] vino toda una campaña donde se nos inculcó el individualismo, en forma tal que si era necesario pasar por encima de un hermano no debíamos dudar en hacerlo” (VyP3, p.69). Este relato se basa en el análisis de la desarticulación del trabajo cooperativo, remontado a años antes de la repartición. Según Alonso, “desgraciadamente casi todos o por qué no decirlo todos pisamos el palito y partimos cada uno tirando para su lado, sin importar ni pensar que todo esto era un trabajo que habíamos desarrollado en común” (ibid.).

Este proceso de individualización es considerado como la causa de la precarización diaria que se produjo bajo el nuevo régimen, el cual está atravesado por la pérdida de los lazos de sociabilidad: “al no conversar con los demás, nos fuimos metiendo en créditos más caros, sin asistencia técnica [...] muchos desgraciadamente fueron quedando en el camino, vendiendo su única fuente de trabajo para él y su familia, encontrándose ahora sin nada” (pp.69-70). Por tanto, podemos inferir que incluso las relaciones más cotidianas se vieron transformadas, el día a día ya no era un “cara a cara”, sino que se evidencia una apertura a la soledad y al “valerse por sí mismos”. Siguiendo a Jelin (2002), esto se puede comprender pues una de las características más importantes de los regímenes militares fueron el miedo y la incertidumbre que permearon espacios públicos extrafamiliares, tales como el trabajo o los lugares más próximos a la vida cotidiana, como vecindarios y redes de vecinos (p.107).

Ciertamente los procesos de privatización, sumados a los dispositivos de individualización, interrumpieron la vida en todas sus dimensiones. Juan Cabrera, campesino de Molina nacido en 1947, explora las resonancias psicológicas que para él generaron el desempleo y la escasa posibilidad de utilizar herramientas y tecnologías apropiadas: “El periodo del 73 en adelante comenzó a verse otra etapa en la vida del campesinado [ya que] se comienzan a rematar los bienes con que [los campesinos] trabajaban: tractores, herramientas, bodegas, etc.” (VyP3, p. 108). Además, para él, la quiebra de las empresas y fundos, “que en 1979 [...] afectaron a la firma en que trabajaba” (p.109), significó la debacle personal:

“Este año fue fatal [...] ya que quedé sin trabajo [...] comencé mi carrera como cesante [...]. Me encerré en mi casa sin salir [...], me avergonzaba de no poder trabajar y más aún en lo que yo estaba acostumbrado a trabajar. Me costó bastante poder salir, pero gracias a mi esposa que me hizo despertar, me fui a Santiago con el fin de probar suerte, estuve varios meses, pero me fue mal y regresé. [Luego] en 1982 [llegué como temporero] a Quechereguas, [...] lo interesante era tener algo para poder llevar algo para la casa, para el sustento de la familia y pagar los dividendos de la casa que nos metimos en una población de Molina, y sobre todo que estos dividendos eran en UF, que subía todos los meses. Debido a esto, mi esposa comienza a trabajar como empleada en una casa donde la tratan bastante bien y nos ayudan en lo que pueden” (pp.109-110).

Su testimonio resulta clarificador de las problemáticas cotidianas que abre el nuevo patrón de acumulación. La vida ya no es posible de costear y, tanto Juan como su esposa, tienen que transformar sus vidas. Él, trabajando como temporero (un trabajo nuevo que se impone con la multiplicación de los Complejos

Agro Industriales) y, ella, teniendo que salir del hogar para trabajar también en un oficio nuevo, recibiendo ayudas asistenciales de sus patrones.

En este periodo, la reestructuración de las vidas cotidianas, desancladas del trabajo cooperativo, está ligada estrechamente a la reconfiguración de los oficios. Ya no es el campo el que se trabaja como sustento de la vida doméstica y para generar excedentes vendibles, ni tampoco son los lugares tradicionales del agro en donde se desarrollan las actividades diarias. Tanto las formas como los espacios son trastocados. Se deben buscar nuevas y precarias alternativas en donde la subsistencia es el pilar de las prácticas. Así lo declara Paulo Salazar, de Quellón, campesino primero y trabajador forestal después, quien luego de trabajar durante muchos años en una Unidad de Producción Forestal equipadas con el apoyo de INDAP, tuvo que valérselas por sí mismo: “una vez liquidada la cooperativa, empecé a trabajar de forma independiente en trabajos como ser: hacer leña, sacarla al hombro al camino para venderla, y hacer carbón en invierno para poder subsistir y poder educar a mis hijos” (VyP5, p.249).

José Lemuy, campesino de Osorno nacido en 1959, bajo el subtítulo de “Mi presente”, reseña su vivencia diaria. Allí, el trabajo en la tierra que había heredado de su familia sigue siendo el pilar fundamental de su vida. Sin embargo, en el presente relatado el trabajo agrícola es leído en términos de subsistencia: “Ahora tengo 27 años, sigo trabajando en la chacra que dejó mi abuelo. En mi campito siembro todos los años las 14 hectáreas de papas, 1/4 hectáreas de huerto casero donde se siembran diferentes hortalizas y legumbres” (VyP5, p.496). Para complementar la venta de papas, José tenía “un par de vaquitas con las cuales vendo la leche a la fábrica Nestlé S.A de Osorno y en la cual me pagan y al igual que a todos los demás pequeños agricultores [...] una miseria por el litro de leche, solo 14 pesos y todavía la fábrica se da lujo de descontarnos por concepto de impuesto” (ibid.). Por esto, continúa, “yo en mi casa a veces paso muchas dificultades en lo económico con la poquita leche que vendo apurado me alcanza para comer” (ibid.).

Sin embargo, ante la pauperización de la vida y de las pocas posibilidades para subsistir, en algunos sujetos la cooperación continuó siendo una forma de alivianar las condiciones de existencia. Pedro Muñoz, campesino de Malleco nacido en 1938, recuerda que “cuando se entregaron las parcelas individuales quedamos cesantes, tuve que vender mis animales y con el dinero comprar alimentación para mi familia, entonces fue lo más triste para mí, tuve que retirar mis hijos de las escuelas, por falta de medios económicos, también buscar trabajo fuera” (VyP4, p.254). No obstante, la salida a este momento de crisis se intentó resolver cooperativamente: “Un día llegó un amigo a mi casa de los que conocí

en la vida sindical [...] y me dijo que él estaba en el mismo problema. [...] Nos pusimos a pensar y propusimos trabajar juntos y así lo hicimos” (ibid.).

Es decir, aun cuando los lazos se desarticulan, la carga experiencial del trabajo cooperativo y las redes antes construidas, habilitaron tácticas para sortear las dificultades. Esto entrega información relevante sobre la continuidad (aunque en dicha actualidad, excepcional y no como normalidad) de experiencias colaborativas, lo que representa un punto de inflexión entre el pasado y el presente. Estas tácticas, proponemos, pueden ser leídas como micropolíticas, es decir, siguiendo a Félix Guattari (Guattari y Rolnik, 2006), como aquellos campos de producción de sentido que no se cristalizan en instituciones, pero que pugnan con los modos de producción de subjetividad dominantes.

Sobre lo anterior, la micropolítica también es fundada en el diálogo con otros espacios. De esa forma, en algunas memorias se rescata el aporte de la Iglesia católica, la cual llevaba conocimientos para disminuir la precarización, que son ocupados como herramientas para contrarrestar los diseños estratégicos: “por ejemplo acá en Rayén las mujeres aprendieron a tejer y a hilar por medio de FUNDAR y los hombres han aprendido la apicultura y su función” (VyP2, p.509). Y es que algunos sectores de la Iglesia católica, sumados a los esfuerzos de ONGs, comprendieron los nuevos procesos vivenciados, intentando generar instancias de desarrollo alternativo al nuevo patrón de acumulación.

En efecto, la asistencia de ONGs generó posibilidades para emprender nuevas rutas de subsistencia, con el incentivo solidario de compartir los conocimientos. Delfín Retamal, campesino nacido en Curiñanco en 1940, recuerda que gracias al Instituto de Educación Rural había logrado seguir un curso de “cultivo de huertos familiares [...] cursos que ofrecen al campesino que desee ampliar sus conocimientos y perfeccionarse en los trabajos que al campo se refieren” (VyP4, p.264). A la vez, según recuerda, la intención de estos cursos era poner el conocimiento “al alcance familiar y a nivel comunitario, con el fin de aliviar en parte la difícil situación que se vive en la actualidad” (ibid.).

De forma paralela y en términos de la reconstrucción del tejido comunitario, la cultura y el rescate de las tradiciones también fue un dispositivo micropolítico para contravenir la individualización. En el año 1980, recuerda Viviana Lemuy, campesina huilliche de Palhue, “organizamos [...] el Centro Cultural Folclórico Huilliche ACUFOLHUI” (VyP5, p.156), cuyo objetivo era rescatar y difundir en “dignidad y justicia; la historia, costumbres y cultura de nuestro pueblo huilliche. Crear conciencia de sus valores e identidad [y] Crear las condiciones objetivas y subjetivas que permitan establecer vinculaciones unitarias del pueblo” (ibid.). Entre los logros que relata, se encuentran la organización de encuentros cos-

tumbristas y talleres, en donde se rescató la lengua, la danza y la historia de la etnia. También, con el apoyo de ONGs rurales, se logró “formar una parcela demostrativa y talleres (de) tecnología campesina, agricultura orgánica y organización” (p.157). Estos talleres tenían la intención de llevar a la práctica cotidiana nuevas formas de cultivo, que lograsen baipasear la necesidad de los insumos agroquímicos en venta, utilizar los desechos orgánicos para la producción de buena tierra y equilibrar la canasta familiar con huertas económicas pensadas para el consumo diario.

Rosario Núñez, maestra rural de Peralillo, recuerda que en los años ochenta, luego de ser perseguida por ser de una profesora de izquierda, vuelve a su “comunidad de origen (Mata Redonda), a mi vida familiar y comunitaria nuevamente” (VyP2, p.212). De regreso a su tierra, rememora, “comencé de inmediato a asumir lo más plenamente posible mi origen campesino en mi condición de familia de pequeños propietarios. Con mis hermanos [...] trabajamos en pequeñas medierías un predio de propiedad familiar [y] complemento los esfuerzos por “parar la olla”, con crianzas menores: gallinas, chanchos, abejas y en el cultivo de la huerta casera con método orgánico” (ibid.). Sin embargo, no solo fue la lucha por la subsistencia la que articuló sus prácticas de vida, “significaba también reiniciar la búsqueda de nuevos caminos que permitieran, más temprano que tarde, la reconstitución de un camino campesino bajo las nuevas condiciones impuestas por la dictadura” (ibid.). En el relato, es ejemplificador el rescate de la tradición campesina como insumo experiencial para generar tácticas de sobrevivencia y, además, restaurar espacios de sociabilidad. Una pequeña muestra, a su vez, de micro resistencias y micropolíticas que, afirmándose en la experiencia y en *el hacer*, constituyen memoria y posibilidades de vida alternativas.

De tal manera, recuerda que el ambiente dictatorial era desconcertante: “los campesinos estábamos todos como los bueyes: tirando la carreta con la cabeza agachada” (p.212). La tarea era ayudar a “comenzar a levantarla, tan sólo siquiera para darnos cuenta de lo que teníamos a nuestro alrededor, en nuestro entorno natural, a fin de descubrir la manera de aprovechar y mejorar lo que ese entorno natural nos podía proporcionar y así “parar la olla” en mejores condiciones” (ibid.). Junto a ello, continua, “había que descubrir también la manera de mover a otros campesinos insertos en ese mismo entorno natural, para que ellos también fueran capaces de “levantar la cabeza” (pp.212-213).

Es decir, las tácticas utilizadas en el espacio cotidiano de la economía doméstica para subvertir la precariedad (“parar la olla”) se conjugan con un análisis político sobre la individualización y la despolitización, permitiendo subvertir, a su vez, lo que Foucault (2003) denominó como “poder pastoril”, abriendo un camino hacia la subjetivación, esto es, “el arte de la inservidumbre voluntaria, el

de la indocilidad reflexiva” (Foucault en Vignale, 2014, p. 8). Allí, los procesos de subjetivación están articulados a la conceptualización crítica del tiempo vivido, abriendo la posibilidad de liberarse de las formas de individualización impuestas. La atención al presente “promueve, por lo tanto, nuevas formas de subjetivación” (p.12). Es decir, prestar atención a lo que se es, y saber lo que se es, permite pensar de otra manera la actualidad y la cotidianidad.

Para dar inicio a “levantar la cabeza”, Rosario recuerda “descubrí, junto a otras cinco mujeres vecinas, que la naturaleza de nuestro entorno, nos proporcionaba condiciones de flora y de sanidad ambiental, principalmente, apropiadas para el aprovechamiento más pleno del desarrollo de la apicultura, en mejores condiciones que lo que tradicionalmente lo había hecho” (p.213). De ahí en adelante incursionó en nuevos talleres de apicultura. En ese proceso, junto a otras mujeres campesinas, levantaron instancias de formación, con el objetivo de “Estimular hacia el perfeccionamiento del oficio que nos hace campesinos, principalmente del que nos ayuda a “parar la olla” en mejores condiciones, ante la dureza de los tiempos que nos ha tocado vivir” (p.223).

De tal forma, concluye:

“Si tuviese que señalar resumidamente lo que ha sido mi quehacer y lo que han sido mis afanes en los últimos años, diría que ha sido un esfuerzo, un intento y una búsqueda por crear y probar nuevas maneras de subsistir, de organizar, de educar, a partir de mi propia vida, pero siempre involucrando en ello, a los de mi entorno, a mis iguales, principalmente: quebrando la soledad y el aislamiento campesino que por tradición y condición nos ha afectado; quebrando el individualismo cada vez un punto más; quebrando la incomunicación y el ruralismo de “peso muerto” e indiferente al cambio; quebrando el miedo paralizante; quebrando, en fin, nuestras propias indiferencias y desidias personales y colectivas” (pp. 223-224).

Este último relato es ejemplificador de algunas acciones cotidianas que los y las campesinas utilizaron para contrarrestar las angustiantes condiciones de vida, atravesadas tanto por la precarización, la individualización y el miedo. Allí, el registro experiencial sobre el “ser campesino”, un ethos de trabajo comunitario, debía rescatarse como insumo para quebrar las nuevas modalidades del presente y, conjugándose con nuevas formas de pensar y trabajar la agricultura, construir posibilidades alternativas de vida.

Conclusiones

Sin duda, el golpe militar en el agro transformó las vidas diarias y cotidianas de los campesinos y sus familias. El proceso de campesinización pauperizante desmanteló la formación de la experiencia comunitaria construida en el pasado. Así, tanto la relación con la tierra, como la sociabilidad entre campesinos y las formas de trabajo - espacios fundamentales de la vida cotidiana- se recrean, obligando a los sujetos a replantear su horizonte de expectativas y, con ello, reconfigurar su “mundo próximo”. En ese sentido, la cotidianidad campesina se ve trastocada en sus fibras más íntimas, se suspende la inflexión histórica cooperativa y se reemplaza por formas individuales de trabajo y, fundamentalmente, por la precariedad de la vida y la subsistencia.

Sin embargo, pese a la fuerte transformación, el ejercicio de recordar generó prácticas. Allí, la memoria es también un *hacer* que da cuenta de la capacidad crítica del campesinado y de la estructuración de nuevas vidas y alternativas para desarrollarse. Por lo tanto, tanto la crítica, como los nuevos procedimientos y métodos, en su práctica y puesta en ejecución, *hacen* memoria. Es decir, no es la memoria narrada, sino la memoria vivida la que configura el presente. El golpe cambia las estructuras y subjetividades, pero conforma nuevas relaciones y resistencias que, al enfrentarse a las estrategias, establece nuevos sentidos que no provienen del vacío, sino de la tradición. En ese plano, tiene sentido la reflexión de Hobsbawm y Ranger (2002) al pensar la invención de la tradición como el ejercicio por el cual las personas refuerzan su cohesión social. La memoria campesina fue, pues, un recurso para inscribirse en una historia común con el campesinado histórico-cooperativo y para analizar el presente.

De tal forma, aunque las vidas no se alteraron sustancialmente, las autobiografías campesinas fueron un espacio de oxigenación de la identidad subalterna en tiempos de desestructuración de las identidades y lazos comunitarios. Esta identidad, es asumida como portadora de una tradición que refuerza la búsqueda de la democracia, la necesidad de reconstruir lazos y la mejora de la calidad de vida, denunciando, a su vez, los procesos de enajenación de la solidaridad y de extirpación de la democracia social en el campo.

Bibliografía

- Alfaro, Karen (2016). Acumulación por desposesión en Chile: el caso del Complejo Forestal y Maderero Panguipulli en el sur de Chile (1973-1990), *Historia* 396 (2), 229-255.
- Alfaro, Karen. (2015). “Memorias de la contrarreforma agraria en el sur de Chile”, en Aravena, Pablo y Roblero, Walter. *Memoria, historiografía y testimonio*, Santiago: Universidad de Valparaíso.
- Almonacid, Fabián. (2017). La reforma agraria de la dictadura militar en el sur de Chile: parceleros en las provincias de Valdivia y Osorno, 1973-1989. *Historia Agraria* (71), 175-207.
- Amelang, J. (2004). Los dilemas de la autobiografía popular. *Trocadero.1*(16), 9–17.
- Arteaga, Catalina. (2000). *Modernización agraria y construcción de identidades en Chile*. México: CEDEM.
- Avendaño, Octavio. (2017). *Los partidos frente a la cuestión agraria en Chile, 1946-1973: Representación de intereses, gradualismo y transformación estructural*, Santiago: LOM.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.
- Bengoa, José et.al. (1980). *Capitalismo y campesinado en el agro chileno*, Result- de Investigación, N° 1, GIA.
- Bengoa, José. (2015). *Historia rural de Chile central. Tomo II. Crisis y ruptura del poder hacendal*. Santiago: LOM.
- Benjamin, Walter. (2007). *Conceptos de filosofía de la historia*. Argentina: Terramar.
- Calderón, Matías y Fahrenkrog, K. (2012). *Memorias de la Reforma Agraria. La lucha por la tierra en el Valle de Longotoma*, Santiago: LOM.
- Chonchol, Jacques. (1994). *Sistemas agrarios en América Latina. De la etapa prehispánica a la modernización conservadora*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Crispi, Jaime. (1980) “El agro chileno después de 1973: expansión capitalista y campesinización pauperizante”, Santiago: GIA.
- da Silva, Ludmila. (2020). “Etnografía de las memorias sobre libros y relatos”, Pino-Vanesa, Mirian et.al. *Lenguajes de la memoria y los derechos humanos III. Asedios al archivo, la literatura, los territorios, las pedagogías y la creación*, Córdoba: Narvaja, 41-60.
- de Certau, Michel. (2000). *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. D.F, México: Universidad Iberoamericana.
- Dosse, François. (2013). “El acontecimiento histórico entre Esfinge y Fénix”, *Historia y gráfica*, (41), 13-42.
- Elias, Norbert (1998). *La civilización de los padres y otros ensayos*. Barcelona: Norma.
- Follegatti, Luna (2016). Individualismo. en: Estupiñan, Mary Luz. *El ABC del neoliberalismo*, Viña del Mar: communes.

- Foucault, M. (1995). ¿Qué es la crítica? [Crítica y Aufklärung]. En *Daimon*, Revista de Filosofía (11), Universidad de Murcia.
- Giannini, H. (1987). Hacia una arqueología de la experiencia. En: Giannini, H. La «reflexión» cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia, Santiago de Chile: Universitaria.
- Gómez, Sergio. (1988). *La agricultura chilena. Las dos caras de la modernización*. Chile: FLACSO.
- Gonzalbo, Pilar. (2006). *Introducción a la historia de la vida cotidiana*, México: El colegio de México.
- Grupo de Investigaciones Agrarias, (1986) *Vida y Palabra Campesina. Primer concurso de autobiografías campesinas*, Santiago de Chile: GIA. (Tomos I al V).
- Guattari, Félix y Rolnik, Suely. (2016). *Micropolíticas. Cartografías del deseo*. Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón.
- Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence. (2002). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- Illanes, María Angélica. (2019). *Movimiento en la tierra. Luchas campesinas, resistencia patronal y política social agraria. Chile 1927-1947*, Santiago: LOM.
- Lechner, N. (1990). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y Política.*, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Loveman, Brian (1976). *Struggle in the Countryside: Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973*. Bloomington: Indiana University Press.
- Lovera, Pedro. (2018). El dificultoso camino a la neoliberalización: El caso de la Sociedad Nacional de Agricultura, 1983-1990. *Revista Divergencia* (10), 39-61.
- Moyano, Cristina (2007). Las memorias militantes: relatos, redes y liderazgos de la izquierda chilena, 1973-1993. en Ulianova, Olga. Edit. *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*, Santiago: Ariadna.
- Nora, Pierre. (2009). *Les lieux de mémoire*. Santiago: LOM.
- Ortiz Figueroa, M. (2016). “Dictadura, neoliberalismo y conocimiento en el mundo agrario, el caso del “Grupo de Investigaciones Agrarias” (GIA): notas de investigación”. En: *Revista de Historia*, N° 23, vol. 2, Universidad de Concepción.
- Ortiz Figueroa, M. (2020). “Los saberes sobre el agro y el mundo rural: política, instituciones, expertos e intelectuales”. En: Moyano, Cristina y Garcés, Mario (Editores). *ONG en dictadura. Conocimiento social, intelectuales y oposición política en el Chile de los ochenta*, Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Reyes, María José et.al. (2016). *Vidas cotidianas en emergencia. Territorios, habitantes y prácticas*. Santiago: Ediciones FACSÓ.
- Rivas, Fernando. (2013) “Caracterización de la demanda sobre las políticas públicas de la agricultura familiar campesina de la confederación nacional La Voz del Campo”. Confederación Nacional De La Agricultura Familiar Campesina La Voz Del Campo.

- Ruiz, Alfredo. (2022). "Relatar lo cotidiano. O de cómo los asuntos del día a día se convierten en textos históricos", *Historia y grafía*, (59),133-168.
- Salém, Joana. (2020) "Tierra y derechos humanos en Chile: la contrarreforma agraria de la dictadura de Pinochet y las políticas de reparación campesina", *Historia Agraria* (80), 209-242.
- Santana, Roberto. (2006). *Agricultura chilena en el Siglo XX: Contextos, actores y espacios agrícolas*, Santiago: DIBAM.
- Shutz, A. & Luckmann, T. (2009) *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Thompson, E. P. (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid: Capitán Swing.
- Tinsman, Heidi. (2016). "Se compraron el modelo. Consumo, uva y dinámica transnacional: Estados Unidos y Chile durante la Guerra Fría", Santiago: Edit. Universidad Alberto Hurtado.
- Valdés, Ximena. y Araujo, K. (1999). *Vida privada: Modernización agraria y modernidad*. Santiago: CEDEM.
- Vignale, Silvia. (2014). "Foucault, actitud crítica y subjetivación", En: *Cuadernos de Filosofía*, N° 61, Buenos Aires.
- Villalobos-Ruminott, Sergio. (2013). *Soberanías en suspenso. Imaginación y violencia en América Latina*, Lanús: La Cebra.
- Villela, Hugo. (1979). "Autoritarismo y tenencia de la tierra Chile 1973-1976", *Revista Mexicana de Sociología*, (1).
- Viveros, Gustavo. (2010) "Desarrollo rural en Chile. Una re-lectura desde sus dispositivos discursivos", *Revista A contracorriente*, Vol. 8, No.1.
- Zemelman, Hugo. (2012). *Los horizontes de la razón. I. Dialéctica y apropiación del presente*, Barcelona: Anthropos.